

www.elboomeran.com

Antonio Valdecantos

# MISIÓN DEL ÁGRAFO

PRÓLOGO DE  
José Manuel Cuesta Abad



**Ediciones La uña RoTa**  
*Colección Libros del Apuntador*

## ÍNDICE

«REVÉS DE LA ESCRITURA», de José Manuel Cuesta Abad . . . . .	9
1. LA IMITACIÓN DE LA ESCRITURA PERFECTA .	23
2. EL GRAFÓMANO TACITURNO . . . . .	33
3. LA FIRMA DEL ÁGRAFO . . . . .	43
4. EL PANÓPTICO TEXTUAL . . . . .	57
5. BIBLIOCOSMOSIS . . . . .	71
6. EL DESESCRIPTOR PUDOROSO . . . . .	81
7. <i>CREATIO CONTINUA</i> . . . . .	93
8. EL ESPEJO DE DOS CARAS . . . . .	105
9. LA ESCRITURA ANCILAR . . . . .	115
10. EL COMLOT DE LA AGRAFÍA . . . . .	125
NOTA SOBRE EL AVISO «AL LECTOR» DE LOS ENSAYOS DE MONTAIGNE . . . . .	135

## REVÉS DE LA ESCRITURA

*José Manuel Cuesta Abad*

Hay literatura, hay escritura literaria porque quien a ella se entrega no puede evadir el retorno asediante de esta promesa mil veces incumplida y, por tanto, satisfecha: *Voy a decirlo todo, créanme, pero, cuando haya terminado, todo quedará por decir*. Siempre que uno escribe queda algo por decir, y lo que queda por decir, cuando uno escribe movido por el mero deseo de escritura –móvil perpetuo de lo literario–, es precisamente *todo*. Decirlo todo no significa aquí la pretensión de exhaustividad en el tratamiento de una idea, un tema, un argumento o un relato, ni se reduce a la posibilidad de una completa precisión en virtud de la cual la expresión convendría perfecta e insustituiblemente a lo expresado. «Entre todas las diferentes expresiones que se pueden dar a uno solo de nuestros pensamientos, no hay más que una que sea la buena», sentencia La Bruyère. Basta asumir esta severa convicción (en la que se cifra el ideal aforístico, y acaso la superstición, del estilo clasicista) para que la parálisis se cierna fatalmente sobre el acto de escritura.

La expresión perfecta sería una forma de «decirlo todo» en cada caso, en pocas palabras, en una sola frase incluso cuya transparencia, pura y sin mezcla, revelara la recóndita armonía de lenguaje, pensamiento y realidad.

Sin embargo, el decir exhaustivo de que se trata aquí poco o nada tiene que ver con este ideal de exactitud y transparencia. El *todo* en cuestión señala aquello que cualquiera, llevado de un extraño impulso libidinal a la escritura, quiere decir justo porque no puede ser dicho, porque jamás podrá decirlo de una vez por todas: ese oscuro deseo de escribir que ningún escrito llegará a colmar. Deseo que hace de la escritura una acción contrariada e imperfectible. *Revés* de la escritura: contra-tiempo e infortunio de la letra, pérfido lado oculto de la mano que (des-)teje el texto, golpe que recibe de sí mismo con la mano vuelta quien escribe para saciar sobre todo su mero deseo de escribir. Se quiere escribir –ávidamente– o se quiere no escribir –tenazmente– porque el solo deseo de escritura torna imposible decir lo que se desea. El revés de la escritura es esta imposibilidad de decir lo re-querido una y otra vez y otra en la compulsión a (no-)escribir. Raíz común, entonces, del ágrafo y del grafómano. Más allá de las razones, las coartadas, las excusas que ágrafo y grafómano puedan aducir para abandonarse a sus inercias implacables, las pasiones de ambos nacen en el fondo de una sola y la misma actitud reversible hacia la escritura. «El grafómano taciturno es un ágrafo al revés que, cada vez que tiene algo que decir, lo calla y lo escribe, y que actúa de ese modo porque el

habla se le apaga de manera parecida a lo que le ocurre al ágrafo con la escritura», observa lúcidamente Antonio Valdecantos en unas líneas de este libro.

*Misión del ágrafo* encierra, en efecto, un breve tratado sobre la escritura al revés. El prefijo de «á-grafo» marca, no una negación drástica, no una imposibilidad, sino una privación más o menos decidida y obstinada, de modo que la condición agráfica resulta inseparable, según toda evidencia, del deseo y el acto (inversos) de escritura. Valdecantos va trazando con perspicacia e ingenio admirables la etopeya del ágrafo desde distintos ángulos, como un naturalista que describiera la fisonomía de una rara especie soñada, hasta convertirlo en una esquivia figura de comedia, o en el personaje, entre caricaturesco y netamente realista, de una sátira de la ya casi fenecida república de las letras. La idea de que el ágrafo personifica furtivamente una institución en cierto modo parasitaria constituye uno de los hallazgos no menores de esta insólita vivisección. Institución social, cultural, académica de la literatura en el modo de la privación. Las razones por las que el ágrafo no escribe o no publica son innumerables, según pone de manifiesto la minuciosa casuística que, no sin humor, ofrece Valdecantos. El hecho cierto es que vive como tal de no trabajar la escritura ni trabajar-*se* en ella. Pero es esta privación la que trabaja silenciosa e incesantemente todo su ser. La figura de quien se resiste a (o desiste de) escribir sólo tiene sentido en el interior de la economía general de la escritura. Hay algo en la actitud del

ágrafo empedernido que parodia un antiguo escrúpulo patricio. Como recordaba Roland Barthes en *Variaciones sobre la escritura*:

Entre los romanos escribir era una ocupación servil: el hombre libre no escribía, dictaba a un esclavo -o al menos (se sabe por el ejemplo de Cicerón) le daba inmediatamente su borrador apresurado para que volviera a copiarlo. Aún hoy, la máquina de escribir sigue siendo un instrumento de clase, ligado a un ejercicio del poder: este ejercicio supone una secretaria, sustituto moderno del esclavo antiguo: la secretaria misma, su cuerpo soldado a su máquina, es la prótesis manual del patrón.

No es que el ágrafo lo sea por carecer de un escriba o de una secretaria (aunque también pudiera darse el caso). Es que su libertad de no hacer se parece a la del amo que, encadenado a su inacción, depende enteramente del hacer del siervo: el escritor como *servus litteratus*. Lo que hace el siervo letrado es inevitablemente el revés de lo que no hace el amo ágrafo, y viceversa. Cómo no evocar aquí la tantas veces invocada figura de Bartleby (Valdecantos reconoce en el ágrafo también un Antibartleby). El personaje de Melville es, casi literalmente, «una máquina de escribir», apático e impecable copista de cuantos documentos ajenos pasan por sus manos. Está atado a la práctica servil de la escritura hasta el extremo de que toda su existencia ha quedado

reabsorbida en la mecánica de su oficio. La fascinación que suscita Bartleby el escribiente no se debe, con todo, al hecho de que su tozuda negativa a obedecer otras órdenes y peticiones del jefe sea algo así como el revés de la inactividad del amo en la del siervo, o un revés que la pasividad del primero recibe de la reactividad negativa del segundo. En la conducta insumisa del personaje se insinúa una posibilidad más desconcertante. De una tarea del todo alienadora surge, puede surgir de pronto un momento maquinalemente libertario, una suerte de resistencia pasiva, como un contragolpe inesperado al opresor: sublevación del autómata que, absorto sin remedio en su función, es capaz de volverse contra cualquier orden que intente manejarlo de otro modo.

En la negativa a escribir de quien podría y hasta debería hacerlo cabe vislumbrar también un gesto oblicuo de rebeldía. El ágrafo lanza un desmentido silencioso a la Cultura en lo que tiene de cháchara literaria y de aparato ideológico, o rechaza a su manera el prestigio y la autoridad de que son investidas las celebridades de la academia y del mundo de las letras. «Convertir el nombre propio en una firma –sostiene Valdecantos–, pero no en el sentido literal, sino en el metonímico: ése es el instinto básico de todo animal cultural». Esta reducción del nombre propio a una rúbrica (firma, cabe añadir, como marca empresarial) constituye una de las exigencias ineludibles de quien se proponga formar parte de la industria de la Cultura, y compromete de inmediato a la tarea de producir, distribuir e intercambiar objetos

«de la propia firma» en el libre mercado de la publicidad literaria e intelectual. El ágrafo quizá logre sustraerse a los requisitos y las servidumbres de este comercio cultural, y en todo caso reclama para sí el individualismo heroico y acratoide del *outsider*. Pero él no es un revolucionario (jamás podrá serlo, porque su *no* se propaga en él a toda praxis), sino un rebelde, a lo sumo un conspirador, y un rebelde necesita indefectiblemente para serlo aquello contra lo que dice volverse. Es el revés de su enemigo, es el reverso que hace de él cómplice traidor de su adversario.

*Misión del ágrafo* contiene también, no en último lugar, un breve tratado sobre la dinámica reversible que subyace en las disposiciones morales. Para Valdecantos la teoría (moral) consiste en dejar de saber lo que creíamos saber, en escudriñar los arcanos de las pasiones y las acciones y, en el mejor de los casos, en contemplar el revés y la contrariedad que lleva consigo cada acto. Así, el que se cuida en todo momento de ser responsable no busca ni obtiene sino ser «no-responsable» de cuanto sucede, mientras que el irresponsable, cuanto más concienzudamente lo sea, tanto más responsable será de todo aquello de lo que no quiere responder (véase *La moral como anomalía*, 2007).

Que Valdecantos, grafómano excelente, haya elegido la figura del ágrafo puede entenderse sin duda como uno de los muchos recursos irónicos que prodiga este libro, pero nada tiene de casual ni de arbitrario. La elección se explica por el talento escritural e intelectual



que nuestro autor ha venido ejercitando en sus tratados y ensayos. Valdecantos es un *moralista*. No porque enseñe magistralmente filosofía moral en sede académica, ni porque haya dedicado unos cuantos libros a tan respetada e ilustre materia, y menos aún porque se le pudiera atribuir el propósito de aleccionar a sus congéneres sobre máximas y reglas de conducta irreprochable. Un moralista es ante todo un tipo de escritor, un autor para el que ciertas formas de prosa *artizada* son el óptimo, el más radical medio de dilucidación de las acciones y las pasiones humanas. Ni que decir tiene que los nombres de Montaigne, La Bruyère, La Rochefoucauld, Gracián, Shaftesbury, Diderot, Nietzsche o Chesterton son exponentes diversos de la moderna estirpe del escritor moralista, a la que pertenece –sin apenas precedentes genuinos en la reciente historia de la filosofía y la literatura españolas– Antonio Valdecantos.

El moralista se inclina a sospechar que el *ethos* de un hombre –por cuanto tiene de carácter pretendidamente constante– no es más que un *pathos* que el hábito ha convertido al fin en índole permanente. En realidad, sólo hay estilos o caracteres pasionales que han devenido en idiosincrasia por la fuerza de la repetición y la costumbre. Para el escritor moralista el modelo de la conducta moral no se encuentra en la gramática como descripción y prescripción de los caracteres normativos de una lengua, sino en la retórica como repertorio interminable de torsiones, accidentes y anomalías que delatan las pasiones del discurso. En el orden

de la moral, al igual que en el de la literatura, predomina así lo patológico. Valdecantos es persona de orden, sin perjuicio de que sea al mismo tiempo, como filósofo moral, más bien un incendiario (y tal vez incorregible). En todo caso, el orden que aquí conviene destacar no es otro que el de su prosa. Difícil encontrar en este u otros escritos del mismo autor una frase de construcción dudosa, o una palabra que no esté donde tiene que estar, o unas líneas en las que decaigan el rigor, la tensión, la fluidez de una dicción del todo ahormada al razonamiento que expresa. La ironía sostenida que distingue a la prosa de Valdecantos se atisba en dos rasgos de estilo cuyo reverso muestra una vehemente pasión contra toda suerte de filisteísmo moral e ideológico: de una parte, la esmerada cortesía, la elegancia léxica y sintáctica en la enunciación de las más extremas subversiones de los conceptos morales establecidos; de otra, ciertas nobles maneras retóricas de otros tiempos en los que el escritor se la jugaba en la factura de cada frase, frente a las deplorables maneras burocrático-periodísticas actualmente en auge.

Ahora bien, las virtudes del estilo de nuestro moralista pueden resumirse en la idea de *prosa disertada*. «Dissertare», recordemos, era en latín el frecuentativo de «disserere», que significaba comúnmente sembrar aquí y allá, diseminar o, en otra de sus acepciones, exponer o razonar entretejiendo (de *serere*: «entretejer», «ensartar») argumentos dispersos. Disertar la prosa supone entretejer y concertar en la escritura la dispersión inherente al

curso divagatorio del pensamiento, el habla, el idioma de las pasiones y las acciones. De la prosa disertada, de cierto tono elocuentemente oral que se desprende de su ritmo meditativo y de su escansión digresiva, puede decirse algo parecido a lo que decía Kleist «sobre la elaboración del pensamiento a medida que se habla»: *l'idée vient en [parlant] écrivant*. La prosa de Valdecantos exhibe a menudo una destreza incomparable en la armonización de estructura y acontecimiento, razonamiento y ocurrencia, diseño calculadamente formal y movimiento improvisado de la reflexión. El dominio de estos contrastes fluctuantes entre «forma y evento» no sólo determina la maestría en la construcción ensayística, sino también la singularidad de la gran prosa. Decía Merleau-Ponty que toda gran prosa es una recreación del instrumento significante mediante una nueva sintaxis, y añadía: «La gran prosa es el arte de captar un sentido que no había sido objetivado jamás hasta entonces y de hacerlo accesible a todos los que hablan la misma lengua».

*Misión del ágrafo* termina con una nota sobre uno de los más grandes grafómanos de la literatura moderna: Montaigne. Dedicar la propia vida a la escritura fue la tarea inverosímil a la que aquel grafómano incurable no pudo renunciar. La fantasía perfecta del escritor moderno, advierte Valdecantos, se expresa en este mandato: «Que cada libro que escribes mude tu identidad». Nuestro autor tampoco puede escapar a este imperativo todavía vigente en la *modernidad tardía* a la que

él mismo ha dedicado penetrantes ensayos. La escritura ensayística ha incluido siempre dos aspiraciones vinculadas subrepticamente por el revés de una adversativa: exponer una verdad en la forma idiomática de una prosa de arte y poner en riesgo el propio yo en el tratamiento de cualquier sujeto: «Escribir observaciones *propias* sobre absolutamente cualquier asunto, y hacerlo de tal manera que quien lo escribe no deje de estar nunca presente en lo escrito es algo que, en caso de tener validez o legitimidad, ha de tenerlas para cualquier mortal», afirma Valdecantos a propósito de Montaigne.

La prosa disertada es un medio miscible donde el yo que escribe, aun cuando no aparezca expresamente, aun reprimiendo sabiamente toda ostentación narcisista, se inmiscuye en cada frase transformado en la figura proteica de *un* estilo. De la creación de tal figura es inseparable la única verdad a la que jamás renuncia quien se entrega al mero deseo de escritura. Valdecantos bien lo sabe, y acaso la última lección que brinda este libro no sea sino ésta: quien cede al solo deseo de escribir nunca es tan él mismo como cuando deja de serlo en cada acto de escritura.



MISIÓN DEL  
ÁGRAFO

Estas páginas, que son fruto de la admiración del autor hacia algunos contemporáneos (y, en ciertos casos eminentes, amigos y amigas) cuya obra suele llamar la atención por su parquedad, fueron escritas entre octubre de 2014 y abril de 2015, con excepción de la cuarta parte y de la nota sobre Montaigne que figura como apéndice, las cuales datan, respectivamente, de la primavera y el verano de 2013. La previsible y muy sensata queja conforme a la cual la defensa escrita de la agrafía está en los bordes de la contradicción ha sido seriamente tenida en cuenta mientras se escribía este libro, pero el autor no ha logrado doblegar los vicios que censura y ha sucumbido a ellos de un modo que espera pueda merecer cierta indulgencia. Le ha parecido que la apología del ágrafo es una tarea necesaria (quizás inaplazable) y ha dado en creer que, si la ejecutaba tan sólo de manera oral, corría el riesgo de ser tomado como parte interesada en la defensa, de modo que ha preferido ser tenido por inconsecuente, esperando, al menos, no dañar con su torpeza la justicia de la causa.

## 1. LA IMITACIÓN DE LA ESCRITURA PERFECTA

La escritura de la palabra «ágrafo» (no faltará, desde luego, quien opine que tal término debería reducirse a la lengua hablada: ¿por qué dejar que se escriba el nombre de quien nunca devolverá tal favor?) evoca la estampa de un rancio museo de historia natural, algunas de cuyas salas se dedicarán a exhibir cierta cantidad de insectos y otros artrópodos, atravesados todos por alfileres que en su día debieron de esterilizarse con la mayor asepsia, y que ahora estarán más que herrumbrosos y resultarán tan tóxicos como la materia que acogen. Uno de esos artrópodos será el ágrafo, el cual admitirá numerosas variedades. Habrá quien replique que lo anterior se funda en la semejanza con «ácaro», añadiendo quizá apreciaciones mezquinas que inviten a ver en este tipo humano una clase de parásito, lo cual revela que, en general, los adversarios del ágrafo no son personas muy elegantes ni muy honorables. Pero lo cierto es que la escritura de «ágrafo», con su *f* en forma de pinza junto a la cabeza (pinza a un solo lado si la letra es redonda; a ambos, aunque con orientaciones opuestas, si es cursiva), y con la tilde de la *a* en la parte posterior

como si fuera un trozo de revestimiento corporal desprendido de su sitio, constituye en sí misma el esquema de la anatomía de un invertebrado. Tal descripción es, sin duda ninguna, la consecuencia de escribir palabras que, según la opinión hace un momento apuntada, no deberían ponerse por escrito, aunque todavía está por ver si la pronunciación favorece un juicio mejor. Porque, más que a ausencia de escritura, la palabra suena, de sonar a algo, a conde germano o quizás a garfio, evocando esto último, de nuevo, la amenaza de una garra traicionera, que probablemente sustituya a la mano con que el ágrafo no escribe.

«Ágrafo» es el nombre que se da a quien ha escrito lo imprescindible para la supervivencia o a quien no ha llegado ni a eso. No basta, sin embargo, con abstenerse de escribir para merecer esta denominación (tantas veces rodeada de prestigio), que sólo recibe quien, debiendo ser, por su sabiduría, su agudeza y su talento, un escritor prolífico o, por lo menos, no esquivo, incumple su destino y se retrae de la escritura con severa abstinencia, y en algunos casos con rigor intransigente. Nadie aplicará, desde luego, este nombre a aquel cuyos libros u opúsculos no se echan nunca de menos, porque el nombre de ágrafo se impone tan sólo a quien, de llegar a publicar alguna vez seis o siete cuartillas, suscitara con ellas una atención mayor que la provocada por seis mil o siete mil páginas. La agrafía es una forma extrema de ascetismo que revela un aprecio de la letra impresa enormemente superior al acostumbrado.



De hecho, cuando habla el ágrafo –y puede llegar a hablar muchísimo– es como si estuviera escribiendo. La agrafía se debe, no en vano, a la sobreabundancia de lecturas, de relecturas y de mórbida reflexión sobre las unas y las otras.

El autor consumado de banalidades librescas u opusculares dirá del ágrafo que, si ha leído mucho, ello se debe a que ha tenido más tiempo para hacerlo que quien cumple con lo que se supone son deberes literarios o académicos básicos. El ágrafo, en suma, no escribe –según esta tesis resentida– porque no es capaz de hacerlo, y semejante tara es la causa de su compulsión lectora. Tal razonamiento se acompañará a veces de un comentario rahez que lo aclara todo sobre su proferidor: para lo que aprovechan al ágrafo sus lecturas, más le valdría no leer tanto. Los juicios que se emiten sobre la agrafía son, desde luego, un precioso indicio del grado de vileza intelectual que el productor de letra impresa puede llegar a alcanzar. El hacendoso ganapán universitario que cuida su currículum como oropel en paño y mantiene el ritmo de publicaciones exigido por sus tutores o capataces no soporta, por ejemplo, que el ágrafo gane a fin de mes lo mismo que él, pero sin esfuerzo alguno, y otro tanto ocurre en otros rincones de la república de las letras. Naturalmente, el hacedor de currículum sabe que quien se abstiene ascéticamente de escribir trabaja más que sus colegas, pero de ninguna manera consentirá en llamar trabajo a eso: bien está que al ágrafo se le suponga más

talento y más ingenio, pero el esfuerzo sí que debe ser patrimonio exclusivo de quien aporta resultados.

De lo anterior es fácil concluir que, en realidad, ni siquiera hay talento o ingenio en el ágrafo, sino tan sólo una leyenda hábilmente inspirada por él y divulgada por sus amigos y acólitos. El ágrafo resulta ser, según lo anterior, un hábil impostor que vive de una fama contrahecha. Pero no debe ignorarse que, cuando el ágrafo trabaja como profesor, lo habitual es que dedique a preparar clases una ingente cantidad de tiempo que otros dedican a cumplir con encargos, a revisar borradores, a corregir pruebas o a buscar temas de escritura que permitan cohonestar una humilde vanagloria (en verdad modestísima: de cena familiar o de pandilla digital, y eso como mucho) con la sujeción a criterios competitivos de calidad investigadora. En una nación civilizada, el profesor ágrafo debería ganar más dinero –esto no es nada difícil de reconocer– que los entregados tontilocamente a la escritura y, sin duda ninguna, debería gozar de más reputación. Todo el mundo sabe que lo que suele llamarse el nivel intelectual de un país se mide por el número y virtud de sus ágrafos, pero no hay ningún motivo para confiar en que esta verdad vaya a reconocerse algún día.

El ágrafo perfecto sufrirá con la lectura algo muy semejante a lo que le ha ocurrido al intentar escribir, aunque esta tara se pondrá de manifiesto tan sólo en una fase avanzada del mal, después de haber devorado varios miles de libros. Al igual que la escritura del ágrafo

se interrumpe apenas iniciada (cuando su autor advierte que la expresión perfecta no va a hacerse presente y que todo son palos de ciego y palabras indecorosas que manchan el texto y el alma), también la lectura que efectúe este personaje estará condenada a agarrotarse y necrosarse más tarde o más temprano, bien por la aparición súbita de un detalle tenido por singularmente perfecto, citable y memorable —eso que el ágrafo quisiera haber escrito y que por sí solo habría bastado para salvar obra y vida—, bien por el hallazgo de una palabra perteneciente a la clase de las que pueden desatar la justicia lectora más implacable y dar pie al consabido dicitario «esto a mí me basta para no seguir leyendo». El ágrafo ha adquirido, en efecto, una portentosa capacidad de multiplicar los motivos para interrumpir la lectura, tanto los causados por la admiración como los debidos al repudio. Los primeros menudearán desbocadamente porque, al lado de lo que él no logra escribir, todo lo demás es casi milagroso; los segundos porque, al lado de lo que podría y debería escribirse, el resto es todo escoria. De hecho, la elección entre la primera y la segunda categoría resulta muchas veces cuestión de puro azar.

El ágrafo es un juez en vigilia perpetua, para el que no hay momento que no sea de juicio. Cada una de sus sentencias comprenderá dentro de sí una multitud de enjuiciamientos, y cada uno de éstos se descompondrá a su vez en innumerables condenas y absoluciones, de modo que la conversación —de ordinario derramada con

violenta desazón apocalíptica— será una deriva incontrolable que se desplazará inadvertidamente a terrenos vecinos y alcanzará pronto, con vertiginoso corrimiento, algún lugar remoto, del cual ya no podrá regresar. Para el ágrafo, todos los instantes son de absolución o de condena. No en vano, la causa de que la escritura del ágrafo se detenga en seco es el convencimiento de la inminencia del juicio literario final: cada palabra escrita habrá de ser perfecta —incluidos los artículos y las preposiciones—, porque cada una de ellas será tomada como si fuese la única y, por tanto, la última.

Es casi inconcebible que dos o más ágrafos puedan conversar entre sí, porque el poseído por la agrafía sólo puede tratar con escribientes o aspirantes a tales, o con gentes ajenas a toda expectativa de producción impresa. Si un ágrafo tropieza de pronto con otro y se desata entre ellos un coloquio que no sea banal, pronto surgirán, en efecto, las suspicacias más corrosivas. Ambos pensarán, y lo harán con las mejores razones, que el otro no es un ágrafo genuino, sino un mero impostor y, por tanto, alguien que debería recibir otra denominación. El ágrafo sólo puede subsistir entre escribientes más o menos amedrentados por su presencia, y se resistirá a aceptar, muy bien provisto de razones, que otros tengan la osadía de administrar justicia literaria fundándose en la imponente autoridad de una obra sacrificada en los primeros brotes. El ágrafo admitirá que haya gentes como él, pero siempre que se den en otras épocas, ambientes, lenguas o países. De hecho, su torrencial

facundia se aquietará del modo más sorprendente cuando tenga a su lado a alguien tenido también por ágrafo. Una conversación entre ágrafos sólo puede ser un diálogo de sordos que ni siquiera podrán permitirse una pausa para tratar de ver por dónde va la plática del interlocutor, el cual tampoco tendrá ningún motivo para interesarse por lo que diga alguien que de ninguna manera debería haber aparecido allí y a quien por nada del mundo procede volver a ver.

En realidad, el ágrafo sólo da tregua a su facundia en los breves momentos que tiene calculados para que quienes lo escuchan digan algo que a él le sirva de pretexto o de estribo, pero no porque su discurso necesite de apoyo alguno, sino porque quien lo pronuncia puede permitirse el supremo lujo de interpretar inapelablemente las palabras ajenas de una manera que ni quien las emitió ni nadie podría haber nunca imaginado. Raramente dirá el ágrafo que lo recién oído le parece una estupidez. O corregirá algún detalle —a menudo de manera cortés— o, de lo contrario, aprobará con resolución lo dicho, mostrando haber descubierto un sentido, profundo y enigmático, que sólo él habría podido desentrañar, aunque los demás interlocutores se apresuren, por la cuenta que les trae, a convalidar obsesivamente el juicio.

Hay, por supuesto, mucho advenedizo, mucho fanfarrón y mucho matón de esquina que gustan de colgarse las medallas de la agrafía, pero el ágrafo genuino constituye un personaje perfectamente reconocible

y que merece la más alta estima. Aunque sólo sea por las razones ya apuntadas, una comunidad de verdaderos ágrafos resulta imposible del todo, pero sólo una congregación así podría ser digna pobladora de la honrada y justa república de las letras. Escribir consiste, de hecho, en haberse acostumbrado a desatender las implacables razones que el ágrafo podría esgrimir para impedir la inscripción de la palabra siguiente a la que uno está terminando o ha terminado ya. Todos tenemos dentro el ángel protector de un ágrafo que pugna por detenernos la mano en algún trecho de nuestra alocada desfachatez grafómana, pero las pueriles supersticiones de la enseñanza y de la cultura suelen estar lo bastante arraigadas para atrofiar toda capacidad de dejarse detener por esa bendita substancia inmaterial, tan poco poderosa que su existencia no consta a casi nadie.

Cualquiera que haya estado expuesto al suntuoso monólogo del ágrafo sabe que no hay cosa más próxima a la escritura que ese hablar librescamente desencadenado, donde tras cada palabra puede verse su trasposición escrita o, más exactamente, tipográfica, a menudo en una caja muy determinada, ninguno de cuyos detalles podrían sustituirse por otros. Hay ágrafos que hablan constantemente en Times y otros que se expresan en Garamond o en Bembo, y quien no capte esta clase de diferencias no entenderá nada de lo que oye. Algunos ágrafos emplearán un interlineado generoso y otros aprovecharán el papel al máximo, al igual que habrá quienes usen preferentemente rayas y guiones y quienes

ostenten con toda claridad el gusto por los paréntesis, sin faltar, desde luego, los que prodiguen la cursiva ni los que abusen de las comillas (españolas o inglesas, según los casos), habiéndose podido admirar a veces el prodigioso virtuosismo de quien, con inconfundible inflexión de voz, es capaz de denotar, fuera de toda duda, el empleo de versalitas. El ágrafo escribe con las cuerdas vocales y su función en el orden de las cosas consiste en mostrar que el habla es un modo desviado y deforme de la escritura.

Para la mayor parte de los mortales no analfabetos, hablar es simplemente escribir en sucio y mal, garabateando páginas orales que se desecharán en seguida y que, por regla general, se supone que serán oídas sin prestarles mucha atención ni darles apenas importancia. Sólo cuando este escribiente licenciado quiera decir algo que juzgue destacable adoptará de manera artificiosa un habla mimética de la escritura, sin permitirse improvisación ni ligereza y como dando por supuesto que sus oyentes conservarán copia muy duradera de lo oído. La pedantería redicha de quien pronuncia siempre palabras estudiadas nada tiene que ver, sin embargo, con la mórbida verbosidad del ágrafo, atrapado en un vórtice de facundia que gira sin ninguna clase de control. Con frecuencia, el hablante cauto habrá meditado su discurso y lo habrá escrito antes en todo o en parte, o habrá tomado notas y dibujado esquemas, pero nada de esto le es posible al ágrafo, el cual imita una escritura que no existe ni se ha dado nunca, y

que sólo surge en el momento mismo del habla, como una visión tipográfica fantasmal de la que lo hablado es transcripción vertiginosa. Quienes nos corrompemos escribiendo imitamos tan sólo a otros escribientes, casi siempre infatuados y torpes, pero el ágrafo imita (es cierto que con fortuna variable) a la escritura perfecta, y lo hace por medio de algo que, naturalmente, ya no puede ser escritura.